

1. Texto Evangélico: El lavatorio de los pies



“Era antes de Pascua. Sabía Jesús que había llegado para Él la hora de pasar de este mundo al Padre; había amado a los suyos que vivían en el mundo y los amó hasta el extremo. Estaban cenando. El diablo le había metido ya en la cabeza a Judas, hijo de Simón Iscariote, entregar a Jesús. Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, y sabiendo que había venido de Dios y que a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ciñó una toalla; echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que llevaba ceñida. Al llegar a Simón Pedro éste le dijo: -Señor, ¿Tú lavarme los pies a mí? Jesús le replicó: -Lo que estoy haciendo no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde. Replicó Pedro: -¿Lavarme Tú los pies?. Jamás. Jesús le contestó: -Si no te dejas lavar, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: -Señor; no sólo los pies, también las manos y la cabeza. Jesús le contestó: -Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies; está limpio todo. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. (Dijo que no todos estaban limpios, porque sabía quién lo iba a entregar). Cuando acabó de lavarles los pies se puso otra vez el manto y les dijo: -Comprendéis lo que he hecho con vosotros?. Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros, porque os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho. Sí, os aseguro: Un criado no es más que su amo, ni un enviado más que el que lo envía. ¿Lo sabéis?. Pues dichosos vosotros si lo cumplís”.

(Juan 13, 1-17)

2. Un gesto profético

La Pascua es la gran fiesta del pueblo judío; recuerda la salida de Egipto y de la opresión. Antes de esa fecha, según Juan, Jesús cena con sus discípulos. Sabe que su “hora” “ha llegado”: es el momento de “pasar de este mundo al Padre”. No es un tránsito fácil, Jesús tiene vínculos estrechos con su ambiente, “ama a los suyos”. Pero ese mismo amor lo lleva a separarse de ellos, a amarlos hasta el extremo, hasta la muerte. Uno de los discípulos ya decidió traicionarlo. En ese momento, doloroso sin duda, crece la conciencia de su misión, enmarcada en su venida de Dios y su retorno a Él.

Y, mientras estaban cenando, realiza un gesto profético que no es narrado en los Evangelios Sinópticos. Jesús se levanta de la mesa y “se pone a lavar los pies de sus discípulos”. La abundancia de verbos en los dos versículos subraya la iniciativa y la acción de Jesús. El lavar los pies era expresión de acogida y de servicio, se realizaba con personas a las que se reconocía una

superioridad social o de otro tipo. Jesús invierte los términos, su amor lo lleva al servicio, incluso del más humilde. La comprensible protesta de Pedro no lo detiene; al contrario, su insistencia hace ver la importancia de lo que está haciendo. El texto no dice que exceptúa a Judas de este gesto, pero en clara alusión a él advierte: “No todos estáis limpios”.

3. “¿Habéis comprendido?”

Juan no narra en la última cena la institución de la Eucaristía como lo hacen los otros evangelistas. Todo indica que, colocando el lavatorio de pies en lugar del relato eucarístico, ha querido recordar el sentido de la muerte y resurrección del Señor. La entrega de la vida no es un acto heroico o de consumo personal, es un humilde y fraterno servicio. “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?”, pregunta solícito Jesús. Les explica luego que, precisamente porque Él es el Maestro, les ha lavado los pies. Su mensaje y su testimonio no buscan asegurar privilegios, sino servir. El sentido de su gesto debe ser una pauta de comportamiento para sus seguidores: “Vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros”. Es decir, servirse mutuamente y de ninguna manera valerse de su condición y de su misión para ponerse por encima de los demás. Ese servicio puede llegar hasta la entrega de la vida. Es lo que expresa la institución de la Eucaristía.



Como en otros momentos del Evangelio de Juan, Jesús propone su conducta como un ejemplo para sus discípulos. “Debéis actuar –les dice- como yo he hecho con vosotros”. Los dos relatos, los dos gestos, el lavatorio de los pies y la institución de la Eucaristía, se iluminan mutuamente. Ambos son recordados y repetidos el Jueves Santo. ***¿En verdad hemos comprendido?***

4. “Estaban cenando”

Jesús tuvo que participar con gran tensión en la celebración de la cena pascual. Durante aquellos días había estado viviendo clandestinamente en Betania; los conflictos con las autoridades habían sido muy fuertes y sabía que éstas habían puesto precio a su cabeza. Contando, pues, con la posibilidad de un final cercano, pero a la vez esperando que Dios le salvara, Jesús celebró su última cena con sus amigos y amigas.

Muchos cuadros y estampas nos han hecho imaginar aquella cena de una forma que no se corresponde con las costumbres del tiempo. En primer lugar, se pinta a Jesús comiendo sólo con los doce apóstoles, cuando la tradición de Israel reunía aquella noche a hombres y mujeres por igual. Todo hace suponer que Jesús se reuniría con los Doce y con las mujeres que ordinariamente iban en el grupo: Salomé, Magdalena, su madre, etc.

En segundo lugar, las imágenes nos representan a los apóstoles y a Jesús sentados a la mesa, según comemos hoy en día; sin embargo, lo más probable es que los que participaron de aquella cena comieran semirrecostados, en el suelo, sobre esteras o cojines. En los tiempos más primitivos los israelitas comían en cuclillas. Más tarde se fue imponiendo la costumbre de sentarse a la mesa o de sentarse en el suelo –cuando eran muchos a comer- en torno de los alimentos. Pero, en la noche de Pascua, el ritual obligaba a reclinarse. Estar reclinado era un símbolo de libertad. “Mientras los esclavos tienen la costumbre de comer de pie, en la Pascua es preciso que comamos recostados para manifestar que hemos pasado del estado de esclavitud al de libertad”, decía una disposición ritual de la época. Incluso se especificaba que hasta “los más pobres de Israel” debían hacer la comida reclinados, porque Israel era un pueblo de hombres libres.



Para solemnizar la comida pascual una de las prescripciones era la purificación con el agua antes de comer el cordero. Los amigos de Jesús no eran de los “piadosos” aficionados a mil y una purificaciones. Pero aquella noche hasta los menos cumplidores trataban de respetar los ritos. Ellos ya se habían lavado. Ciertamente, lavar los pies era misión de criado o esclavos en las casas en las que los hubiera. Cuando no

los había era tarea de las mujeres. Pero fue Jesús el que lo hizo aquella noche. El gesto tuvo que ser espontáneo, totalmente natural, nada solemne o rígido, pero sumamente llamativo. En esa sencillez los discípulos leyeron, después de la resurrección, el importante mensaje que tenía. Dios se revelaba como servidor. Jesús efectúa una inversión total de la concepción tradicional de Dios y, en consecuencia, de su relación con el hombre y de los hombres entre sí. El Dios que es Padre y que comunica vida y amor no legitima ningún poder ni dominio.

En Jesús, Dios ha recobrado su verdadero rostro deformado por el hombre. Éste había proyectado en Él sus ambiciones, miedos, intereses y crueldades. Jesús muestra que Dios es Padre que se compromete con su obra, la Creación, para llevarla a la plenitud, y que rechaza y combate todo aquello que intenta destruirla.

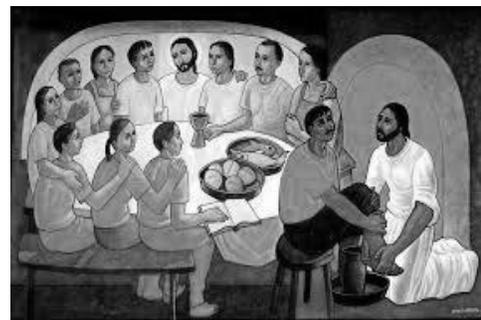
5. “Los amó hasta el extremo”

Es imposible recoger en unas líneas todo el contenido y el sentido de este texto evangélico. Son tantas las palabras, los gestos, los signos; son tantos y tan intensos los sentimientos, es tanto el amor que destila... Hay, sin embargo, un punto que sí conviene resaltar: “Jesús nos amó hasta el extremo” y se entrega por nosotros, porque quiere, libremente, antes de que lo entreguen. La radicalidad de su amor le lleva a dar su vida. Día a día se ha entregado, ha dado voluntariamente su vida para que tengamos vida. He aquí lo que el Evangelio nos recuerda y lo que la Iglesia celebra en el “Día del Amor Fraternal”. Ese amor, esa entrega, celebrada en la liturgia y hecha realidad en la vida, es la esencia de nuestra fe cristiana. “Os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho”.

Pero no olvidemos que hay diversas formas de entregarse. No nos confundamos, y sepamos elegir entre las diversas clases de entregas. ¡Qué distintas son la entrega generosa y la mezquina, la del mártir y la del traidor, la del amigo y la del comerciante, la del valor más grande y la que pide un precio, la de la viuda y la del fariseo, la de un día y la de toda la vida, la de Judas y la de Jesús!.

6. Sugerencias para orar

- a. ***Entra en la habitación*** en la que Jesús está reunido con sus discípulos para comer juntos la Pascua. Hay hombres y mujeres; los de siempre, los más cercanos, los que han compartido y quieren compartir. No es un momento cualquiera, no es una Pascua más. Los sentimientos son intensos y están a flor de piel. Allí también discutían sobre cuál de ellos era el mayor de categoría. Jesús ofrece un gesto, como lo hacían los profetas, al ver que sus palabras no eran escuchadas. ***Sé consciente de todos tus sentidos, vive este momento. “Ardientemente he deseado...”***



- b. **Contempla a Jesús** levantándose, quitándose el manto, ciñéndose la toalla, tomando la jarra y la jofaina y poniéndose de rodillas delante de cada uno de los discípulos para lavarles los pies. **Es su manera de estar ante “lo sucio” de los otros, ante sus defectos, sus fallos, sus pecados...** Todo eso que a nosotros nos lleva a juzgar con severidad, a criticar, a distanciarnos..., a Él le impulsa a acercarse, a ponerse de rodillas para lavarlo y devolver al otro la posibilidad de continuar caminando.
- c. **Escucha su diálogo con Pedro**, que se resiste –como tú, como casi todos nosotros- a entrar en ese “juego del Evangelio” en el que todo es al revés: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo...”. Graba en tu corazón esta ley del Reino: **Sólo tiene parte con Jesús el que se pone de rodillas a su lado para lavar los pies de los más pequeños.**
- d. **Quita barreras**, déjate enseñar por Jesús y pídele que te enseñe a hacer fraternidad como Él: comunicando aceptación y acogida, quitando importancia a los defectos y errores de los otros, dándoles tiempo para cambiar y espacio para ser ellos mismos, dando el primer paso en el acercamiento y en el perdón..., desviviéndote por los que tienen necesidad y sufren. **Acércate a Jesús y pídele que te ayude** a tener vida, a salir de tu mediocridad, **a realizar gestos fraternos, a familiarizarte con esos adverbios tan suyos** y de su gente como: “más”, “demasiado”, “sin límite”, “hasta el extremo”...
- e. **Deja que tu corazón desborde de agradecimiento y de alegría** por todo lo que se te ha regalado y regala: por el anhelo de vida plena, por las pascuas –pasos- de Dios y de los hermanos, por la fraternidad cercana y cálida, y por la realidad que nos desborda e interroga, por el proyecto de una humanidad reconciliada y fraterna que encierra el Evangelio. **Habla con Jesús de tu deseo de entrar en su proyecto fraterno, de vivir en y siendo memoria suya.**



Confidencias y desahogos

Esta tarde estamos todos:
Pedro, Juan... Santiago,
...María, Juana...,
mis amigos y amigas.

Tenía enormes deseos de que llegara este momento.
Sé que mi hora se ha cumplido.
Sé que esta cena será la última que como con vosotros.

¿Pero por qué tendrá que ser?
Estamos empezando apenas.
Ojalá fuera todo un mal presentimiento.
¿Tú que crees, Judas?.
En fin, no quiero poneros tristes.

De todos modos, ya sabéis que tenemos una cita
para otro banquete, allá en la hermosura del Reino.
Enseguida tendremos que separarnos.
¡Dios mío!. ¿Por qué me costará tanto?.

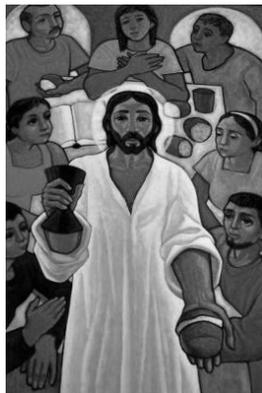
Antes quiero dejar constancia de
todo lo que os he querido,
de todo lo que os estoy queriendo.
No lo podéis comprender; tiene algo de misterio.
Quisiera cuidaros como una madre,
quisiera serviros como un esclavo,
quisiera alimentaros de mí mismo
como hacen los pelícanos.

No penséis que estoy loco. Son cosas del amor.
Quisiera animar por dentro vuestras vidas
y estar en lo íntimo de cada uno y alentáros desde dentro.
En fin, vamos a cenar. Es necesario alimentarse.
Antes quiero lavaros los pies, y no me digáis que no.
Vosotros lo necesitáis, aunque no todos de igual manera;
pero soy yo el que realmente necesito hacerme vuestro esclavo,
expresaros mi ternura, algo que tenéis que aprender.

Ahora partimos el pan y bebemos la copa
que tienen esta tarde un sabor distinto,
el de mi amor y mi entrega.
El pan partido y el vino rebosante
significan mi muerte ya cercana.
Sea este gesto memorial de mi muerte y de mi Pascua.

Mi palabra final, mi testamento,
es que todo consiste en el amor.
Que el amor sea vuestra tarea y vuestra gloria,
que saquéis de este pan y de esta copa
las fuerzas para amaros, para amar,
como yo lo he hecho con vosotros.

Prieto Ramiro, R.





1. Texto Evangélico: Pasión y muerte de Jesús

(Lectura meditada del Evangelio de Juan 18,1 – 19,42)

2. Para comprender el relato de la pasión del Evangelio de Juan

Es en la narración de la pasión donde las coincidencias y paralelismos de Juan con los Sinópticos son mayores. Esto hace pensar en la existencia de un relato previo a los Evangelios sobre los últimos días de Jesús que recogía, al menos, lo acaecido desde su arresto en Getsemaní hasta la Cruz. Este relato original de la pasión se halla subyacente en la narración de la pasión de los cuatro Evangelios. Naturalmente que cada uno de ellos amplió dicho documento desde otras fuentes de información y teniendo en cuenta los intereses y la finalidad propios. Así, el relato de Juan contiene algunos episodios y detalles que no se encuentran en los Sinópticos: la participación de los romanos en el arresto de Jesús, la escena ante Anás, la mención de la túnica, la presencia de la Madre de Jesús y el discípulo amado junto a la Cruz, la lanzada...

Y desde el punto de vista teológico también posee rasgos muy específicos, tales como la hora de la glorificación, la presentación de Jesús como juez y como rey, y la pasión como entrega libre y deliberada de Jesús... A través de estos acentos aparece con claridad que para el Cuarto Evangelio la pasión de Jesús no es una humillación, sino una glorificación; la Cruz no es instrumento de suplicio, sino trono en que se manifiesta la gloria de Jesús. Es este Evangelio quien pone en boca de Jesús la recriminación que hace al soldado que le dio la bofetada. Esto no puede ocurrir en los Sinópticos. En los relatos de la pasión ellos presentan a Jesús como el "Siervo de Dios" que va a la Cruz como un cordero al matadero, sin abrir la boca. Juan, por el contrario, tiene como base teológica la consideración de Jesús como el Señor. Incluso en la pasión muestra su señorío único: no solamente se enfrenta a ella voluntariamente, sino que él mismo es la figura rectora y dirigente de todos los acontecimientos que la integran.

3. Para reflexionar, profundizar y revivir

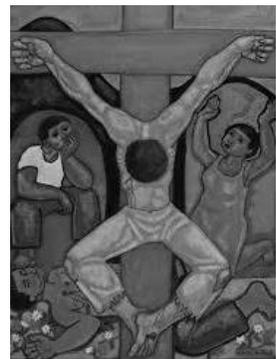
- **Jesús, signo de contradicción**

Cuando ejecutaron a Jesús, todo el mundo estuvo de acuerdo en que era una medida necesaria y prudente, una medida exigida por la sensatez. Es verdad que cada grupo tenía sus razones propias para estar convencido de la prudencia y de la necesidad de esta ejecución. El ejército estaba convencido de que Jesús era un revolucionario político; las autoridades civiles, de que perturbaba el orden público; los piadosos, de que era un idealista iluminado; los revolucionarios, de que en secreto era un archiconservador; la gente del pueblo pensaba, finalmente, que, a pesar de las esperanzas que había suscitado, no era capaz de resolver los problemas reales de su vida. Es verdad que tal

unanimidad, en la que cada uno persigue unos objetivos que le son propios, siempre resulta sospechosa. Pero no deja de manifestar que nadie había llegado a reivindicar a Jesús para sí mismo y para su programa, a anexionárselo. Algunas mujeres, es verdad, lloraron en su tumba, algunos pecadores y cobradores de impuestos conservaban, sin duda, buenos recuerdos de Él. Pero, a la hora de la verdad, incluso éstos le habían abandonado porque ya no le entendían. Con todo, Jesús nunca había provocado a nadie, nunca había ofrecido resistencia abiertamente a nadie. Pero había llegado a excitar la contradicción de todos, incluidos los que le invocaban. Podríamos decir, por tanto, que Jesús había llegado a tocar el punto débil de cada uno, el punto donde cada uno es susceptible y que cuando se lo tocan acaba por ponerse en contra de Él, abiertamente o a escondidas, activa o pasivamente, según el temperamento de cada uno. Es un éxito sorprendente y casi único en la historia del mundo: todos estaban contra Él, y ninguno a favor de Él, cuando fue ejecutado.

Esto ocurrió sin que Jesús –a excepción de algunas lamentaciones y de una pequeña demostración en la plaza del templo los últimos días- hubiera orquestado de ninguna manera él mismo esta contradicción. Los piadosos se pusieron en contra de Él simplemente porque un sábado curó a un enfermo que tenía necesidad de su ayuda; pero al mismo tiempo el partido de los progresistas se puso en contra porque los otros sábados iba a la sinagoga con todo el mundo, y hasta predicaba. Perdió la simpatía de los conservadores porque aceptaba compañía de mujeres, incluso mujeres de muy mala reputación, como si fueran sus semejantes; pero al mismo tiempo se alienó la simpatía de los liberales, porque no tomaba ninguna disposición para crear un movimiento que reformara el derecho matrimonial, y ni tan sólo un estatuto que garantizara la igualdad de derechos de la mujer. Indignó a los partidarios del judaísmo estricto porque dejaba que le convidasen publicanos que no se interesaban nada por la Ley de Moisés y que colaboraban con los romanos; pero al mismo tiempo indignó a los adeptos de la cultura griega porque no intervenía de ninguna manera para liberar ciertas leyes morales muy estrictas. Los romanos le consideraron enemigo porque daba por seguro que Dios realizaría lo que había prometido a favor de Israel; pero al mismo tiempo el partido revolucionario le consideró como un enemigo porque no movió el dedo pequeño para luchar contra la injusticia del ocupante. Los moralistas se distanciaron porque no tomaba parte en la lapidación de una adúltera; pero los liberales se distanciaron porque decía que una mira de concupiscencia que penetra en el matrimonio de otro es ya delante de Dios adulterio.

Suscitó esperanzas; pero, en cuanto un grupo se entusiasmaba y quería integrarlo en su programa, lo decepcionaba. Curó a ciegos, y muchos esperaron los milagros del fin de los tiempos; pero no hubo más que unos pocos ciegos curados entre millones, y Jesús no hizo nada por crear casas o centros de asistencia para los invidentes. Se tomó con tanta seriedad las promesas de Dios que muchos vieron en Él al Mesías que había de venir, pero nunca exhortó a tomar la espada y emprender con la ayuda de Dios la guerrilla contra los romanos. Proclamó felices a los pobres, y muchos pensaban que entonces tomaría su partido y provocaría la caída de los ricos y de los poderosos, pero no hizo nada en concreto de cara a un nuevo orden social, ni de cara a la abolición de la esclavitud. Y, con todo, su impacto fue tan fuerte que de la izquierda a la derecha, de los pobres hasta los ricos, de la gente piadosa hasta los descreídos, todos se lanzaron contra Él, contra este signo de contradicción. Y este signo de contradicción lo sigue siendo de tal manera que, hasta ahora, es un poco como el péndulo del reloj que en todo el mundo despierta una y otra vez las conciencias, pone en marcha movimientos y desencadena la contradicción contra condiciones inhumanas.



Eduard Schwizer

- **¿Por qué la muerte de Jesús?**

Jesús fue entregado a la muerte por su pretensión de ser “de Dios” y simultáneamente por su pretensión de liberar al pueblo. Un Dios que se queda en su esfera propia, que no se preocupa de los

hombres más que de vez en cuando, no es peligroso. Pero un Dios que quiere liberar al pueblo, que se mezcla en los avatares de este mundo, no puede ser soportado por el poder económico y político ni por el poder religioso.

Efectivamente, para el poder religioso existe el mundo de Dios y el mundo de los hombres, y están bien separados. La religión consiste en organizar cierto tránsito entre los dos. Los sacerdotes son los especialistas de ese tránsito, y en ello reside su poder. Pero si Dios quiere habitar por sí mismo el mundo de los hombres, todo se replantea de nuevo y queda en tela de juicio dicha visión y separación. Ya no hay necesidad de religión. En los primeros siglos de la Iglesia se acusaba y se perseguía a los cristianos precisamente por ser ateos. Para el poder económico y político la separación de esos dos mundos supone su seguridad. Mientras las personas sueñan en otro mundo no se detienen demasiado a mirar de cerca la realidad. Pero si Dios está en esta realidad de acá abajo, si se le lesiona cada vez que se hiere, menos precia o excluye a una persona, entonces ya no existe ningún poder absoluto, ni hay manera de poder invocar la razón de Estado. Si Dios quiere que cada persona sea libre y creativa, es un Dios muy incómodo. Jesús, al mostrar con sus actos y con sus palabras que no hay más que un solo mundo, el mundo reconciliado de Dios, arrebató a los especialistas de Dios sus privilegios, y a los especialistas del mundo, sus poderes absolutos. Esto resulta tan insoportable para unos y para otros que la muerte de Jesús estaba cantada.



Por lo demás, Jesús al morir revela lo que realmente es la muerte. La muerte jamás es un accidente o algo trivial. Aun cuando no acontezca en circunstancias trágicas tiene siempre algo de inhumano e injusto. Es, por algunos momentos, la victoria de los poderes del mal sobre la vida. Está, pues, en profunda contradicción con Dios. Es el último enemigo que hay que vencer. Con su Resurrección Jesús muestra que efectivamente puede ser vencida. Viviéndola con Él y como Él, con total confianza en el Padre, la muerte pierde su mordiente y, aun siendo desgarradora, se abre a la esperanza. La Resurrección es, entonces, una vehemente llamada a todos a ponernos en pie y luchar contra toda expresión de mal y de muerte en nuestro mundo.

Si Jesús muere tan joven, con menos de cuarenta años, no es solamente por el conflicto con los poderosos de su época. Jesús murió “a su hora”, como dice el Cuarto Evangelio. Sus años de formación en Nazareth, sus pocos años de vida trepidante por los caminos de Galilea y Judea le bastaron para revelar lo que Dios tenía que decir a los hombres: que Él quería construir con ellos un mundo nuevo, y que, para conseguirlo, era preciso que estallara este mundo presente y comenzara uno nuevo. Él echa sobre sus hombros la carga de abrir camino: acepta la muerte, el estallido necesario para que todos podamos entrar en el universo nuevo de Dios. De esta forma su muerte es la prueba de un amor absoluto que nadie, absolutamente nadie, podrá tener en menos. El Espíritu de Jesús Resucitado, dado gratuitamente a quienes lo habían abandonado cobardemente, es la prueba de ese amor. Las puertas de la vida quedan abiertas de par en par para que la humanidad encuentre por ellas, perpetuamente, su camino. Por eso, todavía hoy, esos pocos años que vivió Jesús bastan a muchos para ver iluminada su existencia y la historia de toda la humanidad.

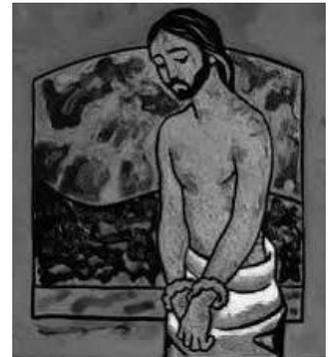
- **Hechos y escenas de la vida**

Un hombre detrás de unos barrotes. Ha sido condenado a muerte. Ha sido incluido en la categoría de los “malditos”. Ya no se le considera digno de vivir. Se ha convertido en un enemigo, en un rebelde, en un intruso, en un peligro para la sociedad. Ha tenido que ser repudiado y apartado de la vida pública. ¿Por qué?. Porque es diferente. Es negro, y los negros son diferentes. Es judío, y los judíos no son de fiar. Es un refugiado, y los refugiados son una amenaza para nuestra economía. Es un “marginal” que dice lo que no deseamos oír y nos recuerda lo que preferiríamos olvidar. Es alguien

que trastorna el orden de nuestra vida, arranca el velo que cubre nuestras inmundicias y derriba los muros que nos mantienen separados y a salvo unos de otros. Es alguien que ha afirmado: “Todos somos parte de una misma humanidad; todos somos hijos de un mismo Dios; todos estamos destinados a vivir en una misma casa, con un mismo Padre y sentados juntos a una misma mesa”. Es alguien que ha dicho: “El apartheid no es conforme al plan de Dios; la unidad y la comunión sí lo son”.

Esa voz ha tenido que ser silenciada, porque pone en entredicho nuestra manera de hacer las cosas; porque trastorna nuestra vida familiar, nuestra vida social y nuestra vida económica; porque origina el desorden e incluso el caos. La vida ya es bastante complicada de por sí, y no necesitamos profetas que destruyan la delicada red de relaciones que con tanto esfuerzo hemos tejido. Nuestro lema irrenunciable es: “Cada uno en su casa, y Dios en la de todos”. Ése es el modo de que hay un mínimo de incomodidad y un máximo de bienestar.

Jesús está en pie ante Pilato. Guarda silencio. No se defiende de las múltiples acusaciones vertidas contra Él. Cuando Pilato le pregunta: “¿Qué has hecho?”, Él responde: “He venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y todo el que es de la verdad escucha mi voz”. La verdad de la que habla Jesús no es una tesis ni una doctrina ni una explicación intelectual de la realidad, sino la relación y la intimidad vivificante que se da entre Él y el Padre, y de la que quiere hacernos partícipes. Pilato no podía escuchar tal cosa, como no puede hacerlo quien no esté en conexión con Jesús. Sin embargo, cualquiera que entre en comunión con Jesús recibirá su Espíritu de la verdad: el Espíritu que nos libera de los apremios y obsesiones de nuestra sociedad contemporánea, que nos hace tomar parte en la vida misma de Dios y nos permite vivir en el mundo con un corazón abierto y una mente despierta. En comunión con Jesús, podremos escuchar la voz del Espíritu y movernos libremente por todas partes, estemos o no en prisión. Porque la verdad –la verdadera relación, la verdadera pertenencia– nos concede la libertad que los poderes de las tinieblas jamás podrán arrebatarnos. Jesús es el ser humano más libre que jamás haya existido, porque fue el más unido a Dios. Pilato, sin embargo, le condenó. Pilato quiso hacer de Él un maldito, pero no lo consiguió: la muerte de Jesús, en lugar de ser la ejecución de una sentencia de muerte, resultó ser el camino hacia la verdad plena, que conduce a la plena libertad.



Henri Nouwen

4. Sugerencias para orar

a. **Me pongo junto a Jesús en la Cruz** para comprobar cómo su muerte verifica la autenticidad de sus palabras:

- “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los que ama” (Jn. 15, 13).
- “El buen pastor da su vida por sus ovejas” (Jn. 10, 11).
- “El Hijo del Hombre ha venido para servir y dar la vida en rescate por todos” (Mc. 10, 45).
- “Os aseguro que, si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. Quien tiene apego a su propia existencia, la pierde; quien desprecia la propia existencia en el mundo, la conserva para una vida sin término” (Jn. 12, 24-25).
- “Ahora me siento agitado: ¿le pido al Padre que me saque de esta hora?. ¡Pero si para esto he venido, para esta hora!. ¡Padre, manifiesta tu gloria!” (Jn. 10, 11).
- “El Padre me ama porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; la doy yo voluntariamente” (Jn. 10, 17).

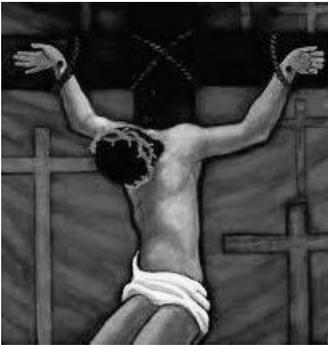
Dejo que fluyan en mí el agradecimiento, el asombro, la conmoción, la fascinación, la paz y la seguridad que destila la confesión y proclamación de Pablo a la comunidad de Corinto:

- “Mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros anunciamos a un Cristo Crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Mas para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (I. Cor. 1, 22-24).

- b. **Me traslado mentalmente** –o físicamente- a algún lugar conocido donde se condense mucho dolor humano: un hospital, una cárcel, un campo de refugiados, un barrio marginal...

Me siento en un rincón y, desde ahí, leo pausadamente la narración de la pasión de Jesús según San Juan (Jn. 18,1 – 19,42).

- c. **Me pongo junto a Jesús en la Cruz y escucho cómo interpretó el mismo ese momento:**



- “La mujer, cuando da a luz, está triste porque le ha llegado su hora; pero cuando le nace el niño, ya no se acuerda del aprieto, por el gozo de que haya nacido una nueva criatura en el mundo...” (Jn. 16, 21).

Le pido que me ayude a mí, y que ayude a todos, a encarar el dolor de una manera nueva. Dejo que mis preguntas sobre el misterio del mal escuchen de Él una palabra de vida: existe un sufrimiento que es fecundo; el dolor puede ser tránsito hacia la vida y hacia la plenitud y el gozo. Le pido la gracia de saber reconocer “mi hora” y, como la mujer en el parto, atravesar el umbral del dolor para dejar nacer la vida.

- d. **Fijo mi mirada en Jesús en la Cruz.** Él es, según la expresión de la carta a los Hebreos, el “guía” o “conductor”, es decir, el que va delante de nosotros, el que nos precede en el camino y nos conduce en medio de la oscuridad y las dudas de la fe. Es también el que la perfecciona y la lleva a término; el que nos enseña desde la Cruz a ir más allá de todas las negatividades y de todas las noches; el que pone su propia fe como roca bajo nuestros pies para que, apoyándonos ahí, nos atrevamos a confiar incondicionalmente en el Padre y nos abandonemos en su regazo.

- “Así pues, nosotros, rodeados de una nube tan densa de testigos, desprendámonos de cualquier carga y del pecado que nos asedia; corramos con constancia la carrera que nos espera, fijos los ojos en el que inició y consumó la fe, en Jesús. El cual, por la dicha que le esperaba, sufrió la Cruz, despreció la humillación y se ha sentado a la diestra del trono de Dios” (Heb. 12, 1-2).

Repito una y otra vez con Jesús: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

- e. “Junto a la Cruz de Jesús estaba su madre...” (Jn. 19, 25). **Me pongo junto a María al pie de la Cruz** y le pido que me enseñe a permanecer como ella junto a su Hijo y junto a todos aquellos que hoy siguen en la cruz.

Escucho la palabra de Jesús: “Mujer, ahí tienes a tu hijo; ahí tienes a tu Madre”. Dejo que Ella ejerza esa nueva responsabilidad sobre mí. Y pienso qué puede significar en mi vida hacer como el discípulo que “se la llevó a su casa”.



Cuando te veo en la Cruz

Cuando te veo en la Cruz, ¡qué envidia me das Jesús!
 Cómo quisiera tener tu amor, tu fidelidad.
 Nada te pudo apartar, nadie pudo distraerte
 de la pasión por tu Padre que anidó en tu corazón.

Cuando te veo en la Cruz me da vergüenza, Jesús,
veo mi amor tan cobarde, mi temor, mi ingratitud.
Ante tu Cruz me entristece mi miedo a soltar la vida,
y me duelen mis silencios, mi egoísmo, mis huidas.

Cuando te veo en la Cruz se llena mi alma de orgullo
por estos excesos tuyos, por este amor sin igual;
mi corazón se derrite de gratitud y ternura
por tanto amor y hermosura que se esconden en tu Cruz.

Al contemplarte en la Cruz los discursos se me acaban,
se me rompe todo esquema, la palabrería vana;
la razón no entiende nada, las ideas ya no bastan
y entonces me abro a “entenderte” con una nueva mirada.

Eres el Dios indefenso, vulnerable, respetuoso,
el Dios discreto y paciente, despojado, silencioso.
Cuántas veces te rechazo, cuántas te cierro la puerta,
Tú no me fuerzas y esperas a que tu amor me convenza.

Toda tu vida es locura, paradoja, desconcierto,
pero la Cruz es el colmo, la desmesura, el exceso;
hoy que te veo me asombro de lo poco que me asombro,
toda tu vida es amor, pero tu Cruz es el colmo.

Verte clavado en la Cruz es algo que no se olvida,
qué transparente es tu amor, qué inconfundible tu vida.
Tu Cruz es un libro abierto, donde me muestras el rumbo,
tu Cruz estremece mi alma mejor que grandes discursos.

No bajaste de la Cruz aunque muchos lo pidieron,
loco de amor, te entregaste a merced del hombre necio;
y en esa impotencia tuya empiezo a aprender quién eres,
tan frágil como el amor, un Dios vulnerable y débil.

Marcos Alba, MSpS.



1. Texto Evangélico: Anuncio de la Resurrección



“Pasado el sábado, al clarear el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto la tierra tembló violentamente, porque el ángel del Señor bajó del cielo y se acercó, corrió la losa y se sentó encima. Tenía aspecto de relámpago y su vestido era blanco como la nieve. Los centinelas temblaron de miedo y se quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: - Vosotras no temáis. Ya sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como tenía dicho. Venid a ver el sitio donde yacía, y después id aprisa a decir a sus discípulos que ha resucitado de la muerte y que va delante de ellos a Galilea; allí lo verán. Esto es todo. Con miedo, pero con mucha alegría, se marcharon a toda prisa del sepulcro y corrieron a anunciárselo a los discípulos. De pronto Jesús les salió al encuentro y les saludó diciendo: - ¡Alegraos!. Ellas se acercaron y se postraron, abrazándole los pies. Jesús les dijo: - No tengáis miedo; id a avisarles a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán”.

Mateo 28, 1-10

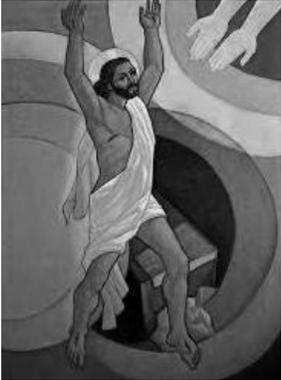
2. Para mejor comprender el pasaje

Ningún relato evangélico describe directamente la Resurrección de Jesús. Todos ellos afirman lo que “ha ocurrido” mediante un anuncio (del ángel, voz de Dios) y una explicación (catequesis). En esta perícopa nos encontramos con las dos formas más antiguas de expresar la fe en la Resurrección –la tradición del sepulcro vacío y las apariciones-, pero ninguna de las dos explica lo sucedido. La Resurrección es un hecho de fe.

Cuando las mujeres se dirigen al sepulcro, al alborear el primer día de la semana, Mateo no se limita a constatar, como Marcos, que la piedra que tapaba la entrada y que era muy grande estaba corrida, sino que dice: “De pronto la tierra tembló violentamente, porque el ángel del Señor bajó del cielo y se acercó, corrió la losa y se sentó encima. Tenía aspecto de relámpago y su vestido era blanco como la nieve. Los centinelas temblaron de miedo”. Tal descripción está llena de elementos simbólicos que sirven para narrar las teofanías o manifestaciones de Dios en lenguaje apocalíptico. De forma similar describe la muerte de Jesús (Mt. 27, 51-53). Con estos rasgos Mateo nos ofrece un código de lectura y nos abre el sentido de la Resurrección: la muerte y resurrección de Jesús es el acontecimiento definitivo; en él se manifiesta el juicio de Dios; con él ha llegado a su plenitud la historia de la salvación.

Los guardias que custodian el sepulcro tienen un papel importante. Su presencia en este momento debe entenderse en el marco de los dos episodios que rodean el relato (Mt. 27, 62-66 y 28, 1-15). Habían sido enviados a custodiar el sepulcro y acaban siendo testigos de la Resurrección.

El ángel explica a las mujeres el significado de la tumba vacía: “¡**El Crucificado ha resucitado!**!”. Después de comunicarles esta Buena Noticia, les encarga una misión: comunicar a sus discípulos que se dirijan a Galilea para encontrarse allí con Él. Las palabras del ángel resumen la fe en la comunidad de Mateo.



El protagonismo de las mujeres no es casual. Es interesante notar que son dos mujeres las encargadas de realizar el primer anuncio de la Resurrección y las primeras en ver al Resucitado. Teniendo en cuenta que en aquella cultura el testimonio de una mujer no era considerado válido; llama la atención el hecho de que los evangelistas relacionen unánimemente el descubrimiento de la tumba vacía con estas mujeres. Sin duda es un hecho profundamente enraizado en la tradición evangélica. A lo débil de este mundo se comunica la Buena Noticia; lo débil y marginal es testigo de la acción de Dios. Las mujeres, presentes en el momento de la Crucifixión y de la Muerte, son también testigos de la Resurrección. A través de ellas, los discípulos, que abandonaron a Jesús, recibirán la Buena Noticia y el encargo de ir a Galilea, donde Él les espera.

No es solamente el sepulcro vacío y las palabras del ángel lo que documenta la Resurrección; es también el encuentro con el Señor. El anuncio del ángel, que las mujeres han creído, se hace ahora palpable en el encuentro con Jesús. Ellas responden al saludo gozoso de Jesús con un gesto de adoración y reconocimiento. Pero el Señor les encomienda ahora personalmente lo mismo que les había encargado el ángel: llevar a los discípulos la Buena Noticia de que les espera en Galilea. El encuentro con el Resucitado se convierte en testimonio y misión.



La Resurrección no es la reanimación de un cadáver, poner en marcha un corazón que se paró; no es una vuelta a esta vida de debilidad y muerte para alargarla unos años más, tal vez, indefinidamente. Tampoco es transmigración del alma ni tampoco reencarnación. La Resurrección es la total transformación de toda la perso-

na, su realización plena, su entrada en la Vida (con mayúscula), en la Vida de Dios, en el Reino de Dios. Y, por lo tanto, es lo mismo que afirmar que el Reino que Jesús anunciaba es realmente posible. O sea: ¡Hay esperanza para los pobres, los marginados, los crucificados de la tierra tal como Él les anunció!.

3. El Crucificado no está aquí, ha resucitado

Las mujeres van a ver el sepulcro. Jesús es un muerto. Lo único que pueden hacer es mostrarle cariño. Pero ya no tienen fe y esperanza en Él, cuya existencia en la historia ha quedado clausurada de forma tan real como la piedra que tapa la entrada del sepulcro. Llegadas al lugar, su proyecto de ver se derrumba, pues el sepulcro está vacío y no sirve como lugar de encuentro. Se llenan de miedo.

El anuncio del ángel es la gran noticia: “No temáis. Jesús, el Crucificado, no está aquí, ha resucitado”.

- Lo primero: **El Resucitado es el mismo que el Crucificado**. Jesús de Nazareth, el Mesías fracasado y muerto en Cruz, el que luchó en pro de la vida, el que fue condenado por los jefes

religiosos y civiles, ese mismo ha resucitado. No otro. La Resurrección descubre el sentido positivo y salvífico de la Cruz.

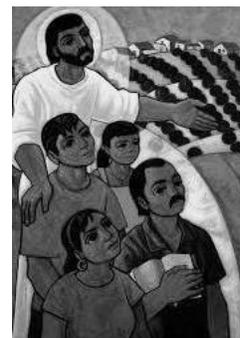
- Lo segundo: **No está aquí**. Lo que clausura la vida, el sepulcro, está abierto. No se le puede encontrar en el lugar de la muerte al que vive.
- Lo tercero: **No temáis**. No hay texto de aparición del Resucitado en el que no salga esta expresión o su análoga positiva: **“Paz a vosotros”**. La Resurrección trae como fruto la paz y la superación de miedos. Donde hay miedos, donde hay ausencia de paz es difícil comprender y experimentar que la vida continúa, que hay Resurrección.

4. Dónde se ve a Jesús

Mateo pone en boca del ángel y del mismo Jesús que el lugar donde uno ve al Resucitado y se encuentra con Él es Galilea. **El lugar donde se experimenta la Resurrección**, que Jesús es el Señor y que el Reino ha comenzado con Él, **no es el sepulcro sino Galilea**. El sepulcro está abierto y no sirve como lugar de encuentro; nada de Jesús ha quedado en él. Para encontrarlo hay que salir. No podemos quedarnos en la contemplación del vacío; es inútil quedarse en la tumba, porque el ausente “aquí” está presente “en Galilea”. Galilea es el lugar donde Jesús luchó por el Reino. Allá nos precede, va delante de nosotros, nos acompaña. Dado que nos espera en Galilea, encontrarlo dependerá de nuestra movilización, de nuestra ida allí.

“Que vaya a Galilea, allí me verán”, es un mensaje que significa:

- Al Resucitado no se le encuentra en el pasado concluido sino en el futuro inédito; no en la contemplación de un muerto, sino en el seguimiento de la práctica de quien ha sido confirmado en la vida.
- A Jesús Resucitado se le experimenta siguiéndole y prosiguiendo su causa. Es en la lucha diaria en pro de la vida, de los marginados y del Reino, donde Él se hace presente.
- “Galilea” es la región abandonada, pobre y gentil que habita en tinieblas. A ella hay que ir si uno quiere “ver” al Resucitado. Tanto ayer como hoy no todos los lugares son aptos para encontrarse con el Resucitado.



5. Creer es sentirse enviado



La poca vitalidad y dinamismo expansivo de muchos cristianos choca, no sólo con el afán propagandístico de nuestra época sino también con la actitud de quienes fueron testigos de la Resurrección. **Para los primeros cristianos creer y sentirse enviados eran las dos caras – expresiones- de una única experiencia:** el encuentro con el Resucitado. La experiencia de la Resurrección no sólo nos salva, nos libera, nos transmite la plenitud de la vida, sino que nos hace ser testigos, misioneros, anunciadores, transmisores de lo que en nosotros

es ya una realidad. Valora tu conciencia misionera y descubrirás la hondura de tu fe y de tu experiencia personal del Resucitado. No en vano, el primer encargo que reciben las mujeres a quienes se aparece el Resucitado es el ir a decir a sus hermanos que vayan a Galilea, que allí le verán. Y así lo hicieron, con miedo, pero con mucha alegría.

6. La fiesta de la vida



Crear en Cristo Resucitado no es solamente creer en algo que le sucedió a Jesús de Nazareth. Es saber escuchar hoy, de lo más hondo de nuestro ser, estas palabras: **¡Alegraos!. No tengáis miedo. Avisad a mis hermanos que vayan a Galilea. Allí me verán.** Por eso, celebrar la Pascua es entender la vida de manera diferente: intuir con gozo que el Resucitado está ahí, en medio de nuestras pobres cosas, sosteniendo siempre todo lo bueno, lo bello, lo limpio que florece en nosotros. Por eso, celebrar la Pascua es creer que ningún ser humano vive olvidado, que ninguna queja cae en el vacío, que ningún grito deja de ser escuchado. Por eso, la Pascua es la fiesta de los que se sienten solos y perdidos. La fiesta de los que se avergüenzan de su mezquindad y pecado, como los discípulos. La fiesta de los que gimen agobiados por el peso de la vida y de la mediocridad de su corazón. Por eso, **hoy es la fiesta de la vida.** La fiesta de todos los que nos sabemos mortales pero hemos descubierto en Él, en Jesús de Nazareth Resucitado, la esperanza de una vida nueva y plena.

7. Sugerencias para orar

- a. **Acércate al relato.** Siéntate, como las mujeres que van al sepulcro al clarear el primer día de la semana, capaz de ver más allá de una tumba vacía y de comunicar a toda prisa, con miedo pero con mucha alegría, que Jesús está vivo. Siéntete enviado a dar a otros la Buena Nueva de que vive. “La otra María” es un símbolo anónimo de tantas personas que han encontrado en un sepulcro triste, como son siempre nuestros sepucros, una luz de fe y de esperanza.



- b. **Recorre los lugares de la pasión,** y lo mismo que las mujeres escucharon del ángel: “Venid a ver el sitio donde yacía...”, escucha lo que te dice Jesús en cada uno de esos lugares: “Aquí dije sí al Padre...”; “aquí me dejé atar y detener...”; “aquí me humillaron...”, “este es el camino que recorrí con la Cruz...”; “ahí fue donde me dejé tocar por la mujer y las consolé”. Reconoce al Crucificado en el Resucitado y agrádecele lo que ha hecho por ti.
- c. **Recorre luego otros lugares** donde la Iglesia vive la alegría pascual del servicio, el amor fraterno, las bienaventuranzas y el martirio; donde los pobres comparten fraternalmente lo que tienen; donde la gente sufre, pero es capaz de esperanza y de fiesta... Reconoce también ahí la presencia del Resucitado, agradece su victoria sobre la muerte y pídele que te aproxime a esos lugares de vida.
- d. **Déjate encontrar y consolar por el Resucitado.** Ábrete a su presencia. Alégrate y libérate de miedos y desilusiones. Escucha sus palabras. Muéstrale tu amor y tu ternura. Abrázale... y comparte tu encuentro con Él.
- e. **Redacta tu pregón pascual.** Tu canto a Dios y a la vida, tu canto lleno de alegría y esperanza. Tu canto que resuena como Buena Noticia. Prepáralo y proclámalo.



Resucitó el Señor: ¡Aleluya!

Pregón de la gran fiesta

Hermanos cristianos, vigías que avizoráis las tinieblas y la oscuridad:

¿Qué hay de la noche?.

¿De la noche del odio, la opresión y la mentira, de la noche del hambre, del frío y las chabolas, de la noche de la soledad, del fracaso, del alcohol y las drogas, de la noche del dolor y de la muerte?.

Compañeros de vigilia, ¿qué hay de esta noche?. No echéis a correr.

No dejéis apagar vuestras luces.

No abandonéis vuestro puesto de adelantado y guardián de la noche.

Esta noche va a poner fin a vuestras noches.

Su esperáis un momento vigilando veréis correr y alejarse para siempre y huir a los asesinos que venden su justicia, a los mentirosos que ahogan su verdad, a los que, firmes, os proponían la huida, a los que han engordado con vuestra hambre, vuestro frío y vuestro afán.

Si mantenéis la esperanza veréis a los desamparados y a los tristes, a los angustiados y a los doloridos quedarse con vosotros y sonreír, y abrazaros, y esperar.

Esta noche de maravillas y prodigios, noche de fiesta y de cantares, es noche más brillante que el sol.

Esta noche esperamos al sol sin ocaso, al día sin noche, a la luz sin tinieblas, al fuego que abrasa y renueva el amor.

Mirad, hermanos, miradle, helo que viene el que violó las puertas de la muerte, el que amó la justicia y aborreció la maldad.

Aquí llega: Vedle, que está ya detrás de los muros, atisbando nuestra alegría.

Viene de la muerte Cristo, el Señor.

Cristianos hermanos, levantaos y caminad.

Que no puede ya asustarnos la noche.

Huid de la conformidad y de la estrechez, de los complejos, el miedo y la cobardía.

Renace la tierra. Y toda la Iglesia revive y se engalana un año más.

¡Resucitó Cristo nuestra esperanza!

Sigue vivo para darnos la vida. Nada se ha perdido.

Todo se amontona en nuestra manos, y en Cristo vivo todo se salvará.

Arbeloa, V. M.



Luz que vence a la sombra

Como el grano de trigo que al morir da mil frutos, resucitó el Señor.
Como el ramo de olivo que venció a la inclemencia, resucitó el Señor.
Como el sol que se esconde y revive en el alba, resucitó el Señor.
Como pena que muere y se vuelve alegría, resucitó el Señor.
El amor vence al odio y el sencillo al soberbio, resucitó el Señor.
La luz vence a la sombra y la paz a la guerra, resucitó el Señor.



Resucitó el Señor y vive en la palabra de aquél que lucha y muere gritando la verdad.
Resucitó el Señor y vive en el empeño de todos los que empuñan las armas de la paz.
Resucitó el Señor y está en la fortaleza del triste que se alegra, del pobre que da pan.

Resucitó el Señor y vive en la esperanza del hombre que camina creyendo en los demás.
Resucitó el Señor y vive en cada paso del hombre que se acerca sembrando libertad.
Resucitó el Señor y vive en el que muere surcando los peligros que acehcan a la paz.

Resucitó el Señor y manda a los creyentes crecerse ante el acoso que sufre la verdad.
Resucitó el Señor y vive en el esfuerzo del hombre que sin fuerzas quedó por los demás.
Resucitó el Señor y está en la encrucijada de todos los caminos que llevan a la paz.

Resucitó el Señor y llama ante la puerta de todos los que olvidan lo urgente que es amar.
Resucitó el Señor y vive en el que queda cautivo por lograrle al hombre libertad.
Resucitó el Señor, su gloria está en la tierra, en todos los que viven su fe de par en par.

Manzano, M. , Olivar, J. A.

Está vivo: ¡venció a la muerte!